

EL DINERO DEL LIBRO

EDUARDO ZAMACOIS

Señor D. José López Pinillos .

Mi querido amigo y compañero: La satisfacción que experimento al responder á las preguntas de su amable carta suscita en mí el recuerdo, un poco triste, de que siendo yo uno de los autores que venden más, soy también aquel, indudablemente, á quien menos dinero le han producido sus libros.

Mis novelas favoritas son: *El seductor* que ahora va á ser traducida al alemán y de la que en España van agotadas seis ó siete ediciones, y *Memorias de una cortesana*, libro del que se han vendido en estos cinco años últimos más de quince mil ejemplares.

El seductor es una obra imaginativa, una reencarnación de *Cyrano*, que más tarde tuve el gusto de ver hecha carne y realidad en una tal Sra. Veraine, parienta del poeta famoso, la cual, como el anciano protagonista de mi libro, conquistaba y rendía voluntades con sólo el encanto lírico de sus cartas.

En *Memorias de una cortesana*, por el contrario, mi imaginación apenas intervino, y únicamente trabajó mi memoria; según fui recordando fui escribiendo; las cuartillas eran como trozos de espejo, en los que iban reflejándose escenas vividas por mí ó vividas á mi lado por otros; ¡qué labor tan dulce!.. A esto atribuyo el gran calor de verdad que, á mi juicio, late en las páginas de esta obra.

En la confección de mis novelas siempre he trabajado con absoluta buena fe: así, para escribir *Sobre el abismo* hice un viaje de seis días, de Palma á Barcelona, en un bote de vela, y para retratar bien la sensación del hambre en *Memorias de una cortesana*, me estuve dos días enteros sin comer.

Las satisfacciones que esta labor tan personal me ha proporcionado son mi recompensa única; porque lo que he ganado con mis libros es irrisorio. Ninguno de ellos me ha valido mil pesetas, ninguno... Todos los fui vendiendo á su editor, por cinco años; luego hicimos un nuevo contrato, por diez años más. ¡Medía vida! Los dieciocho volúmenes, por tanto, que llevo publicados no me producen anualmente... nada!..

De nuestros editores no me atreví á hablar por miedo á ser injusto. A los artistas nos sucede en este caso lo que á las mujeres que conservan de su primer amor un mal recuerdo: no hay hombre que las parezca buenas después...

Aprovecho esta ocasión para reiterarme de usted admirador sincero y buen amigo, que estrecha las manos,

Eduardo Zamacois .

EL DINERO DEL LIBRO

PALABRAS DE UNAMUNO

A. PARRMENO

El pudor literario.—Un concepto de la propiedad.—Unamuno habla de sus obras maestras y se llama comentarador egregio de Cervantes.—Las Memorias póstumas del helenista.—Un rasgo de observación psicológica sobre... sociabilidad. Unamuno tiene pocos lectores y va para sinfín.—¿Qué es para-...?—De todo tengo, menos de tanto.—Eclamo gratuito.

No sé hasta qué punto, mi querido amigo y compañero, sea pudoroso el que un escritor escriba de lo que en dinero le hayan producido sus escritos. Es algo así como ostentar los interiores, quiero decir los bajos, no siempre mundos, sino á menudo escarriantos, de un vanagloria. Y es por lo que en esto, más que en otra cosa, campea nuestra hipocresía. Pero como no fué nunca el pudor literario virtud que realizara mis otras indudables virtudes, allá va, con su sal de cinismo, lo que me pide.

En una docena de años, desde 1897 en que di á luz mi novela histórica *Pac en la guerra*—esta guerra es la carlista, como usted sabe—, he publicado diez libros; á razón, pues, de 0,833... por año. Y observe como en este decimal aparece una fracción periódica pura, y que sé un poquito de matemáticas. De estos diez libros, dos—*Da la enseñanza superior en España* y *En torno al casticismo*—los regalé, y uno de ellos á un kintiano exaltado, según el Sr. Uzarto, y otros dos—*Tres ensayos* y *Paisajes*—casi los regalé, y uno de ellos á una joven viuda muy guapa.

De *Pac en la guerra* no me queda ya un ejemplar que sea mío; de *Amar y Pedagogía*, el libro para mí más productivo, vendí el original en 2,000 pesetas. Y me quedan cuatro, que son míos, y no porque yo los haya concebido y escrito, sino porque oditándolos á mi cuenta me han costado mi dinero.

Entre las muchas nociones claras y precisas que poseo, una de las más claras y precisas es mi noción de la propiedad. Sé que mis zapatos son más míos que mis ideas. Es de uno lo que compra, no lo que hace.

De estos cuatro libros míos llevo vendidos hasta hoy—26 de Noviembre de 1909—lo la *Vida de Don Quijote y Sancho*, mi obra maestra, 1,300 ejemplares, que me producen ya +1,745 pesetas; de mis *Poesías*, otra obra maestra, 225, con un producto de —211 pesetas; del libro *Da mi patria*, no tan maestro, 156, con un producto de +120 pesetas, y de los *Recuerdos de niñez y mocedad*, muy maestro también, 411, con —270 pesetas. Haz la cuenta y verá que, sumando +1,865 á —481, da 1,384 pesetas. Ya sabe usted, ¡oh, matemático!, que más más menos da monos. Y como ve el producto de mis dos últimos libros es negativo; pero productivo.

En resolución, que en doce años de labor literaria mis diez libros me habrán producido unas 4,000 pesetas, á 400 por año y 333,33... por libro. Y vuélve, observe usted, la fracción periódica pura.

¿Cuál de mis libros me gusta más? Ninguno: todos me gustan ó me disgustan, según mi humor y las circunstancias, lo mismo.

A los autores los pasa, por regla general, lo que á los padres, y es que alentan cierta predilección, no por el más guapo, ni por el más listo, ni por el más bueno, de sus hijos, sino por el más infeliz de ellos, por aquel cuya crianza y educación los fué más costosa. Y aquel de mis libros que ha tenido hasta hoy más éxito, la *Vida de Don Quijote y Sancho*, es que comenté egregiamente á Cervantes, es uno de los que menos esfuerzo me costó. Lo escribí casi de un tirón, en menos de medio año. Y se ha ido vendiendo casi solo, pues al aparecer, en 1905, fué recibido con un discreto semilencio. Yo no sé si es que estaban entonces las Empresas de morro conmigo, por mis cosas.

Cuando haya yo muerto—al es que, como es muy probable, muero al cabo, según el clásico silogismo: todo hombre es mortal; es así que... etc.—, y si usted me sobrevive—cosa que no sé lo convenga—, podrá usted tal vez leer, en caso de que yo las escriba y se publiquen póstumas, unas Memorias íntimas mías, y allí verá cómo con esa mi obra maestra hice en gran parte el reclamo de otra, de otro autor ya, por desgracia, en virtud del susodicho silogismo, difunto. Usted no ignora que cuando se elogia aquí mucho á uno, aunque sea con justicia, es en buena parte, y típicamente, en contra de otro. Y basta de bajos escarriantos.

Ahora podría darle una nota de los ejemplares que he regalado, y no son pocos. Eclamo de lo cual, á cada paso me sale algún gorriato, peñalón, sea individuo, sea Sociedad. La pedida fuerza es una de las fuerzas productoras de sociabilidad y asociación, como se ve, v. gr., en las comparas carnavalescas y en las otras. He perdido la cuenta del número de Sociedades que me han pedido ejemplares de mis libros para su incipiente biblioteca. Una vez contesté á la Juventud republicana de X:

«Las Juventudes todas, sean republicanas, monárquicas ó neutras, cuando tratan de formar biblioteca, deben pedir dinero á sus correligionarios—suponiendo que la neutralidad sea religiosa, y que lo sean el republicanismo y el monarquismo—que lo tengan, para con él comprar libros, y no libros á los autores, que, si no comen, muerdan de venderlos.»

Por mi parte, profiero dar á un amigo cuatro pesetas, y que con ellas compre mi libro, á darle el libro. De aquella manera se estimula la venta.

No puedo decirle, como me pide, lo que me parecen los editores, porque yo edito, en general, por mi cuenta. En la portada de mis últimos libros aparecen los nombres de dos horradísimos libreros de esa, los Sres. F. y Suárez, y de uno y de otro, como libreros centrales míos, estoy satisfecho.

En cuanto al público, el que en España mis libros es muy escaso. Dudo que llegue á mil personas. Y como un autor no puede vivir sin vanidad, que le es tan necesaria como el pan que come, yo tengo la de creer que soy el escritor español que, á menos lectores, tiene más entusiastas devotos y censores. A nadie, creo, se le discute aquí más leyéndolo monos. Los más de los que traen, lloran, asenderean y zarandean mi nombre, apenas me conocen sino por artículos de periódico, por extractos, casi siempre inflores, de discursos y conferencias, ó por referencias, rara vez acertadas, cuando se malévola ó insidiosamente torcidas.

Añada usted la infausta fama que mis mejores amigos me han dado, presentándose como un autor muy grave, muy poco intocable y algo sibístico. Por lo cual me he puesto ahora á escribir sinototes. Y al fin han encontrado la palabra: *paradójico*, y todos los infinitos tontos que no sabon lo que es para-... se han dicho, haciéndose los avisados: ¡ah, y! Y así vamos.

A pesar de todo lo cual pienso reincidir. Acabo de regalar, para un tomo de una nueva biblioteca, algunos de mis ensayos publicados en la revista *La España Moderna*, y preparo un segundo tomo de poesías en vista del doble y contradictorio éxito del primero.

El que á un autor no le produzcan sus libros le lleva la gran ventaja de que así no es probable le arrastre el afán de lucro á condescender con la indudable ramplonería del común de los lectores. Y, sobre todo, el que no se consuela es porque es un tonto, y yo, con la modestia que me caracteriza, so lo confeso, de todo tengo menos de tonto.

No creo que se quejará usted ni de la claridad ni del noble cinismo de su amigo y compañero

Miguel de UNAMUNO.

P. S. A su aguda penetración no ha de escapársele, amigo Parmeno, que he aprovechado la feliz coyuntura que me ofrece para pregonar mi mercancía. No creo en aquello de que el buen paño en el arca se vende, y no creo en ello porque mi arca está atiborrada del excelente paño de mi fábrica. Y esto es un modo de cobrarme esta carta, pues tengo mucha familia á que mantener. A lo que estamos.

EL DINERO DEL LIBRO

A. González-Blanco.

Sr. D. J. López Pinillos.

Mi estimado compañero y amigo: Empiezo por asegurarlo que la cuestión ó enquete ó encuesta, como dice Gómez Carrillo (la única palabra foa que ha dicho quien tan bellas palabras suele decir), que usted nos lanza á los nos dicentes autores gira sobre el vacío...

El libro no da nada, al menos á su autor. ¿Y quién es el valiente que hoy en España se erige en editor de sí mismo? Imposible hacer la propaganda bien, porque faltan elementos materiales. Y sin propaganda, ¿cómo vender nuestros productos? Hemos llegado á esa abominable cúspide de los tiempos en la que el libro es una mercancía anunciada, lo mismo que las pastillas Valda ó el jabón de los príncipes del Congo...

¡Repugnante, mi docto amigo, todo esto! Por lo menos, para mí, que no creo en la eficacia de los anuncios y sostengo la paradójica opinión de que el anunciar un producto basta para desacreditarlo. Nuestros padres, que estaban menos desquiciados que nosotros, decían muy bien: «el buen paño es el que se vende...» Unamuno podrá decir lo que guste pero la Vida de Don Quijote y Sancho, sea lo que sea, no tan mística como él sostiene, no gana ni pierde nada en su valor literario con que se vendan mil ejemplares ó diez mil...

Yo puedo decirle que mis libros no me han dado ni para hacer un viaje á Asturias. Dos Juan Valera se pasó la vida repitiendo que con Pepita Jiménez no ganó lo suficiente para comprarle un traje de baile á su señora... Al que no tiene, ¡ay!, ni señora á quien comprar trajes, ni ballos adonde llevar á su señora, le será permitido decir algo menos canónicamente que con su sesudo y documentado libro de crítica Salvador Rueda y Rubén Darío no tuvo para comprar un magnífico mantón de quinientas pesetas por el cual se encaprichó una noche, viéndolo en un escaparate de la calle de Jacometrezo, una ebria que á su vez estaba encaprichada por el autor de Salvador Rueda y Rubén Darío.

Por lo demás, la explicación de este fenómeno es muy lógica, y usted de fijo la encontraría plausible. El mencionado libro editó el desacreditado ó irritante editor D. Gregorio Puoyo. Con estos antecedentes no le asombrará mi inopia. ¿Cómo se puede esperar éxito de un libro que edita Puoyo, vende Puoyo y paga Puoyo... puoyescamente, y está dicho todo? Tardé en reconocer mi error: pero... así citó si así vend. Me huelgo de confesar que por dicho libro el suprascrito y siempre execrable editor me entregó una cantidad ridícula que vale más no mencionar. El sabrá lo que ha dado el libro. Merecía no haber vendido un solo ejemplar.

Esta retribución obtuve también por mi libro de crítica, en dos volúmenes, Los contemporáneos, editado en la Casa Garnier, de París; pero hay que tener en cuenta que ese era mi primer libro, y que las novatadas suelen pagarse. Posteriormente he vendido de algo más pingüe modo á los susodichos señores Garnier la segunda serie de Los contemporáneos, en un volumen, que está próxima á aparecer.

El único libro del cual espero lucro y rendimiento es mi Historia de la novela en España desde el romanticismo á nuestros días, que me editaron con todo esmero y pulcritud los beneméritos hermanos Sres. Sáenz de Jubera. Todavía no he liquidado con ellos; pero sé que mi libro se va vendiendo lenta, pero continuamente, como la evolución de marrares... y que los Sres. Sáenz de Jubera no son unos Puoyo de poco más ó menos.

También el editor Porlado, Páoz y Compañía tiene en vísperas de publicación dos libros míos, que me ha retribuido egregiamente, como corresponde á la altura de la Casa; uno de crítica, Estudio preliminar de las obras escogidas de Rubén Darío y Poemas de prosa.

No menos satisfecho estoy del editor zaragozano de la biblioteca «Argensola», mi amigo el novelista D. Rafael Pamplona Escudero, que me tornó en inmejorables condiciones el pasado año una novelita, El verano de Luján, ya puesta á la venta en las librerías cuando estas líneas salgan á luz.

Como usted ve, de más ya numerosas obras, hasta ahora, no he retirado una suma que valga la pena de montarse... Y vea usted que yo soy asturiano.

Y los asturianitos de todo pecamos menos de tontos para la práctica de la vida, así como por otro lado más idealistas que Platón y Fichte reunidos... Los asturianos somos tan aprovechados y cucos que hemos forjado la leyenda de las manzanas del Paraíso, para que de todo tuviésemos la culpa, hasta el primer pecado... Y hemos inventado lo de que la fruta que comió Eva era manzana. Pero eran melocotones, ni albróchigos, ni uvas, ni guindas, ni peras, ni higos, chumbos... ¡Manzanas, que son características y pecadoras de nuestra tierra!... La cuquería asturiana ha invadido hasta los dominios bíblicos.

¿Qué le ocurrirá al pobre hombre que escriba libros y haya nacido en Fraga, sin gracia, como el inenarrable Puoyo?... Su amigo afectísimo y admirador literario, le oprime la mano,

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO.

P. S. Como tarde mucho en vender todos estos libros, me dedicaré á escribir biografías de todas las chicas alogros de la calle de Mesonero Romanos... ¡y ya verá usted cuántos como me hace tentadoras proposiciones el vecino de esa calle!... ¡Éxito seguro en la días que corremos!

EL DINERO DEL LIBRO

CARMEN DE BURGOS

Señor D. J. López Pinillos:

Querido compañero: La bondad de usted me hace cambiar hoy de sitio en las columnas de nuestro querido HERALDO para figurar entre los autores que cuentan lo que les producen sus libros.

«Cada uno habla de la feria como lo va en ella.» Yo no puedo hablar mal de los editores. He quedado satisfecho de todos: Maucci, Araluce, Bastinos, la viuda de Senra, Fernando Fe y, sobre todo, D. Francisco Sempere, que es para mí, más que un editor, un mecenas protector y generoso.

Del mismo modo, tampoco puedo contar luchas ni hablar, para gloria mía, de obstáculos venidos, de conjuraciones deshechas... No. El camino fué fácil y llano para mí. Público todo lo que escribo y traduzco, y mi sola pena es la falta de tiempo para producir todo lo que me encargan.

¿Qué me produce mi labor? No sé, porque yo divido la Humanidad en dos partes: seres que saben sumar y que comen carne y seres que no saben sumar y se alimentan de vegetales. Como yo pertenezco á la última clase, sólo puedo decir que con mi pluma he ganado, desde hace muchos años, lo bastante para sostener una familia con modestia y bienestar y hasta para permitirme el lujo de algún caprichillo.

Sólo editó por mí cuenta los tres primeros libros, *Notas del alma*, *Ensayos literarios* y *La profesión y la historia de los niños* (del cual poseo un informe laudatorio de la Academia de higiene), y sus ediciones, pequeñas, están agotadas.

Después la lista de traducciones de Renan, Tolstoy, Sango, Maebins, etc., arreglos y adaptaciones ocuparía media columna. Es cierto que con tan enorme labor en otro país podría tener coche...; pero como no estamos en otro país... y yo soy de las que idealizan sus sueños y viven la vida real me doy por contenta y satisfecha.

De toda mi labor reconozco como hijos prodigiosos sólo tres libros: *Por Europa*, *Cuentos de Colombine* y, mi última obra y primera novela, *Los inadaptados*, que quizás por ser la última es para mí la más querida.

El tener segura la edición de mis libros favorece la producción. Escribo con independencia, sin pensar en el público ni plegarme á convencionalismos ni exigencias de escuela, y, sin embargo, mi deseo más grande es el mismo que expuso nuestro popular Zorrilla: «Borrar las tres cuartas partes de lo que llevo escrito»; pero aun sigo escribiendo todo esto, que debería ser borrado.

Siempre su amiga,

Colombine.

El Herald, 21 décembre 1909

EL HERALDO, 24 dec. 1909

AUTORES Y EDITORES

El Sr. Puoyo nos dirige una carta que dice así:

Señor director de HERALDO DE MADRID.

Respetable señor mío: No me amparen en el derecho y sí en la cultura y la bondad en usted reconocidas para pedirle justicia.

Es el caso que D. Andrés González Blanco, en el núm. 699 del HERALDO DE MADRID, me maltrata y me calumnia, valiéndose de la impunidad en que se considera colocado.

Los autores tienen, por regla general, quejas de sus editores, y no he de meterme a razonar su fundamento; pero no suelen dar publicidad á sus juicios en la forma agresiva y deprimente en que lo ha hecho el Sr. González Blanco. Y refiriéndome sólo á este caso particular, demuestro á quien me preste un minuto de atención que son infundadas las quejas.

Por insistente recomendación del egregio poeta D. Salvador Rueda publiqué un tomo de prosa del Sr. González Blanco, titulado *Salvador Rueda y Rubén Darío*, pagándole 500 pesetas por derechos de una edición de 1.000 ejemplares.

Usted sabe, señor director, lo poco y mal que se venden los libros de crítica literaria, y no extrañará que dicha obra no se haya vendido; pero esta obra tiene, además, el inconveniente de no responder con su texto á su título, pues ofrece tratar de dos poetas y se refiere al primero solamente; razón por la cual muchos la rechazan, y presentan reclamaciones los pocos que la adquieren. Al venderme su libro, el Sr. González Blanco me vendió «la obra encabezada con ese título», y no solamente el primer tomo, y ahora resulta que la otra mitad se la entrega al editor de las *Obras completas de Rubén Darío* como prólogo de ellas. ¿No podría yo reclamar? Pues me caí, y sólo pido que me olviden los que han de traer á mi Casa negocios semejantes.

El público que lee no se explicará fácilmente cómo habiendo en Madrid, según afirma el Sr. González Blanco, tantos editores que le pagan «regalamente» los manuscritos recurrió á mí, valiéndose para ello de la estimación y el respeto que me inspira el noble Salvador Rueda. Y por si alguna sospecha que me valí de mañas para conseguir hacer presa en él, opan todos que le cedo á precio de coste los ejemplares que me restan y que hago el mismo ofrecimiento á todos los editores que tanto estiman las obras del joven escritor.

También reto á los que le publican obras en administración para que me digan si de alguna el tanto por ciento de autor ascendió á 500 pesetas.

Y agradeciéndole, señor director, la publicidad de mi defensa, creo haber dicho lo suficiente para que sepan todos que si un autor no puede comprarle un vestido de baile á su esposa con el producto de su mejor novela, un editor mataría de hambre á su familia si se dedicase á pagar á 500 pesetas volúmenes de crítica semejantes al rotulado por el Sr. González Blanco *Salvador Rueda y Rubén Darío*, salvo siempre el respeto literario y hablando de las obras como negocio, que es como deba hablar quien arriesga su capital y su trabajo en ellas.

Le saluda muy respetuosamente y l. b. l. m.

Gregorio FUETO.

Madrid, 22 de Diciembre de 1909.

EL DINERO DEL LIBRO ALBERTO INSÚA

Señor D. José López-Pinillos.

Mi querido amigo: Tengo mucho gusto en enviarle unas cuartillas para la sección titulada *El dinero del libro*.

Existe, sí, señor, el dinero del libro; pero lo interesante es saber para quién es el dinero del libro. No es, desde luego, para el que lo escribe, sino para el que lo edita, y sobre todo para el que lo vende. El libro produce—cuando no es una majadería—honra y provecho. Estas dos utilidades se reparten equitativamente: la honra, para el escritor; el provecho, para el editor. Y se comprende. ¿Qué hace, después de todo, el escritor? Nada; tener con cuatro vaguedades cierto número de cuartillas. En cambio, el editor compra el papel, paga la imprenta, tiene un almacén para alojar los volúmenes, y hombre precavido, cuenta, en hipótesis, de este modo las bases de su negocio: el libro tiene que dejarme, por lo menos, el doscientos por ciento. ¿Le parece á usted absurdo? Es que el editor cuenta con que los libros no se venden como el pan y la carne, y que hay libros, los huesos, que no se venden nunca.

Y vea usted, esto sí que es mentira: yo me atrevo á sostener ante un Congreso de editores que no hay libro que no se venda, á más ó menos plazo, y, la verdad, por mucho que mengüe ese doscientos por ciento hipotético, siempre queda tela. En resumen, el dinero del libro es principalmente para el editor. Un editor que comienza su negocio con un capital no inferior á 200,000 pesetas y que no sea un idiota que se deje convencer por los genios desconocidos que llegan todos los días á su despacho con una obra inmortal debajo del brazo, es hombre que hace dinero, aunque en todo momento haya de asegurar que el de los libros es un negocio ruinoso.

Usted sabe, Pinillos, que yo he sido socio de un editor. Hablo, pues, por experiencia. Algún día—cercano tal vez—publicaré las *Memorias de un editor*. Ahora no es cosa de apurar las columnas del HERALDO con este asunto.

El librero disfruta aún más que el editor del dinero del libro. Puede existir un editor tan torpe que no dé nunca en el clavo y que se arruine; pero el librero da siempre en el clavo. Vamos á suponer que usted acaba de publicar un libro por su cuenta. Usted toma un par de ejemplares y va á proponerlos á los libreros. Los que le toman á usted el libro en firme, al contado, le compran, por lo general, menos de lo que pueden vender, y en esa pequeña cantidad que le compran y que tienen de antemano vendida á sus correspondientes le piden á usted un descuento que oscila entre el 30 y el 50 por 100. Como usted ve, la cosa no puede fallar; es negocio redondo, porque de no serlo, el librero va y le dice á usted:

—Amigo mío, mandeme usted dos ejemplares en comisión.

Y si los vende, sin arriesgar nada, se encuentra con un 25 por 100 de ganancia caído del cielo.

El editor puede quebrar gracias á los libreros. Los libreros de América son una maravilla en el arte de volar con el santo y la limosna. Comienzan por inspirar confianza; pagan los primeros envíos; un día hacen un pedido grande, y tempieen usted á protestarles letras! Como no cruce usted el charco no corre ni un maravedí.

Yo sostengo que el libro da dinero, todo libro, el bueno y el malo. El libro da dinero:

- 1.º Al fabricante de papel.
- 2.º Al impresor.
- 3.º Al encuadernador.
- 4.º Al editor.
- 5.º Al librero.

Es inconcuso que un libro, lo mismo de Jarilla que de Galdos, da dinero á los cinco señores citados. Ni papel, ni imprenta, ni encuadernación se encuentran de balde. El editor y el librero ya queda dicho que van sobre seguro. No hay que temer en serio á los editores románticos que hacen obra de juventud. Esa obra no se paga ó se paga tan ínfimamente, que da vergüenza hablar de ello.

Sabido es, además, que hay escritor que se paga su libro y lo entrega luego en comisión á un editor romántico. Dé esos pobres diablos, ansiosos de ver impresas sus primeras necesidades, no se debe hablar.

Lo que afirmo es lo siguiente: el libro es una fuente de riqueza, y el que en último término se surte de ella es el escritor.

Hay casos en que el escritor gana con sus libros: cuando—siempre contando con el favor del público—se edita á sí mismo ó cuando, por estar muy en boga, el editor le paga por sus originales un buen precio.

Yo comienzo á ganar algún dinero con los libros.

La última novela que he publicado, *La mujer fácil*, después de cubrir los gastos de edición, me deja una ganancia líquida de 1.200 pesetas. Los ejemplares que aún no he vendido podrán dejarme unas 1.200 pesetas más. ¡Este es mi mayor éxito! Bueno; pues á pesar de lo pequeño que es, no falta quien no me lo perdona y vaya diciendo por ahí que yo malbarato mis libros. Esta cómica evidencia prueba una cosa, amigo Pinillos: que es tan raro que en España se gane dinero con los

libros que en cuanto un señor se permite ganar... catorce reales, surge un grupo de conspiradores para desacreditarle.

Todo esto es relativamente pintoresco; pero un poco mezquino. ¡El dinero del libro! ¿Qué ganas de unir dos palabras que te repelen, amigo mío!

Suyo afectísimo,

Alberto INSÚA.